

“Los primeros pasos de la Internacional Comunista en España”, en Javier Tuesell, Juan Avilés, Rosa Pardo, Marina Casanova, Abdón Mateos, Isidro Sepúlveda, Alvaro Soto (Editores), **La política exterior española en el siglo XX**, Madrid, UNED, 1997, pags. 39-51

El papel de la Internacional Comunista en los primeros años de la política exterior soviética

La apertura de los archivos de la antigua Unión Soviética no ha hecho sino confirmar que el golpe de estado bolchevique de octubre de 1917 fue la primera de las grandes ofensivas contra la democracia que iban a sucederse a lo largo del primer tercio de nuestro siglo¹. Lenin, el fundador del bolchevismo, no hizo, por otra parte, ningún misterio de ese propósito antidemocrático. Lo argumentó en reiteradas y decisivas ocasiones. El fundamento político de la Internacional Comunista (IC), organizada precipitadamente y con una representación más que dudosa en marzo de 1919², consistió en la contraposición radical entre dictadura del proletariado, en forma de soviets o consejos obreros, y la democracia representativa, con división de poderes y pluripartidista, que el marxismo denominaba *burguesa* o *formal*. La dictadura del proletariado y el corolario inevitable de la guerra civil, consecuencia de su implantación, se convirtieron, pues, en los criterios inequívocos y contundentes para dividir las filas del socialismo europeo entre revolucionarios, por un lado, y reformistas y “centristas”, por otro.

Para hacerse una idea aproximada de aquello en lo que Lenin estaba pensando, valen, entre otros posibles ejemplos, algunas de las medidas que el jefe bolchevique propuso adoptar a los comunistas bávaros, apenas un

¹Una obra impresionante en este sentido es la de Richard Pipes, **The Russian Revolution**, 1990, versión francesa, Puf, 1993 y **Russia under the Bolshevik Regime**, New York, Vintage Books, 1995.

²Branko Lazitch and Milorad M. Drachkovitch, **Lenin and the Comintern**, Stanford, Hoover Institution Press, 1972, pp.- 76-77.

mes más tarde de creada la IC, con el propósito de consolidar la, con todo, efímera república de los consejos de Munich. Consistían dichas medidas en armar a los obreros y desarmar a los burgueses; alojar a los primeros en las casas de los segundos; confiscar las fábricas y las propiedades agrarias; doblar o triplicar los salarios de los obreros del campo y de los trabajadores no especializados de las ciudades; proclamar la jornada de seis horas; hacerse con los bancos y tomar rehenes entre la burguesía...³. Lenin, al proponer esos procedimientos, no hacía otra cosa que tratar de extender a una Europa destrozada por la inmensa catástrofe de la Primera Guerra Mundial, la situación que se *disfrutaba* en Rusia desde el asalto al poder de los bolcheviques. No hay que olvidar que una de las principales coartadas ideológicas que justificaron ese asalto y la implantación de la dictadura del partido bolchevique, fue la de que Octubre no era sino el preludio de la revolución socialista europea, la cual vendría a compensar el atraso y la impreparación rusa para el socialismo. De este modo, y al contrario de como lo entendían los terceristas españoles, por ejemplo, Borodin puntualizó en nuestro país que no era cuestión de adherirse al Tercera Internacional por solidaridad con los revolucionarios rusos, sino que la Rusia soviética estaba al servicio de la Tercera Internacional como vanguardia de la revolución mundial⁴.

Durante el año largo que transcurrió entre la fundación de la IC, en marzo de 1919, y la celebración de su segundo congreso, en julio de 1920, - que es el corto espacio de tiempo que abarcan los informes aquí analizados-, la situación exterior de la nueva Internacional pasó de un virtual aislamiento del

³Lazitch and Drachkovitch, op. cit., p.- 106.

⁴Luis Arranz, "**La ruptura del PSOE en la crisis de la Restauración: el peso del Octubre ruso**", en **Estudios de Historia Social**, Nos. 32-33, Enero-Junio 1985. De ahí también que Pipes pueda decir que "It can not be stressed strongly enough and often enough that the Bolsheviks siezed power not to change Russia but to use Russia as a spring board for a world revolution, (...), en **Russia under...**, cit., p.- 166.

resto del mundo, impuesto por la marcha de la guerra civil en Rusia y el fracaso de las tentativas revolucionarias en Munich y en Hungría, del que a duras penas la sacaron la creación de los *Burós* de Amsterdam y Berlín, al desplazamiento hacia Moscú de un número significativos de partidos socialistas o de importantes minorías de izquierda dentro de ellos. Este desplazamiento vino impulsado por el fracaso relativo de la Internacional socialista para reconstruirse en la conferencia de Berna de febrero de 1919, y el triunfo bolchevique en la guerra civil rusa, que, con la guerra ruso-polaca del verano de 1920 y la ofensiva del Ejército Rojo sobre Varsovia, parecían poner de nuevo a la orden del día la revolución socialista en Europa⁵. Pero, pese al entusiasmo, resaltado por todos los testigos, que rodeó el segundo congreso de la IC, y cuando todavía no se habían constituido definitivamente los partidos comunistas, pendientes de la aceptación de las Veintiuna Condiciones que el congreso aprobó, las primeras fisuras ya habían aparecido en la flamante Internacional. El trasfondo se caracterizaba por que el llamamiento revolucionario que provenía de Moscú tenía mucho más eco en los partidos socialistas que en los grandes sindicatos obreros -ambos muy desarrollados en Europa durante la guerra-, e igualmente por que los jóvenes resultaron mucho más sensibles a ese llamamiento que los veteranos, de manera que los delegados que clamaban en el congreso de Moscú en nombre del proletariado mundial resultaban muy poco representativos⁶. Pero, además, la aparición, en abril, de la crítica de Lenin al izquierdismo, tachada de “enfermedad infantil en

⁵Sobre las posibilidades revolucionarias en la Europa del momento, v. Massimo L. Salvadori, **L'utopia caduta**, Roma-Bari, Laterza, 1991, pp.- 304-356.

⁶Lazitch and Drachkovitch, **Lenin and the Comintern**, cit. pp.- 216-222.

el comunismo”⁷, supuso el distanciamiento y la ruptura progresiva entre éste y el radicalismo juvenil y marginal de la primera hora, el cual se había organizado alrededor del *Buró* de Amsterdam (junto con el de Viena), y que Moscú disolvió el mismo mes en el que Lenin la emprendió con el izquierdismo.

Con el optimismo que proporcionaba haber asegurado el poder bolchevique en Rusia y todavía con la esperanza de una nueva “oleada revolucionaria” en Europa, Lenin creía posible combinar en su crítica del izquierdismo el máximo radicalismo doctrinal, con el objetivo de marginar el socialismo reformista europeo, con la mayor flexibilidad táctica sobre el trabajo electoral y parlamentario, así como en el interior de los sindicatos reformistas, con el fin de que los nuevos partidos comunistas fueran algo más que sectas. El problema consistía en que la mezcla leninista de radicalismo y oportunismo, que podía pasar incluso por “genial” en la fragilísima democracia rusa de 1917, en medio de una sociedad devorada por la guerra exterior y la galopante anarquía interna, en los países europeos más desarrollados y estables, dicha mezcla resultaba tan ridícula como provocadora por su falta absoluta de escrúpulos. El resultado fue que, a ojos de los izquierdistas que criticaba, las tácticas de Lenin empezaron a asemejarse demasiado a los métodos habituales de los reformistas y de los “centristas”, con los que acababan de romper, y empezaron a considerar la revolución bolchevique no como la primera revolución proletaria, sino como la última de las burguesas; mientras que una parte importante de los “centristas” que se estaban aproximando a Moscú, alentados, precisamente, por la crítica anti-izquierdista Lenin, chocaron

⁷El opúsculo fue rápidamente traducido a l alemán , inglés y francés y repartido profusamente en el segundo congreso de la IC, v. Lazitch y Drachkovitch, op. cit., pp.- 258-260.

de frente con las Veintiún Condiciones que aprobó el segundo congreso de la IC.

Estas Condiciones no se limitaban, por otra parte, a ser una variante especialmente rígida de la reserva al derecho de admisión. Carecían de un contenido doctrinal o estratégico relevante, pero su dimensión organizativa y el delirio sectario y vanguardista que conllevaban eran tan contundentes⁸, que marcaron indeleblemente toda la trayectoria del nuevo organismo revolucionario. Es muy probable que el citado ambiente de euforia que rodeó el congreso, indujo a pensar a Lenin, que fue uno de sus redactores, que la dureza de las Veintiún Condiciones era compatible con la atracción que estaba teniendo lugar de importantes sectores del socialismo europeo. Pero lo que quedó claro en todo caso, fue que éstas trasplantaban del modo más gráfico el principio bolchevique del *centralismo democrático* a los nuevos partidos comunistas y, pese a posteriores quejas de Lenin sobre este asunto, erigían la disciplina de Moscú en el criterio supremo, precisamente para poder domeñar toda discrepancia que se presentara sobre doctrinas y estrategias políticas. Desde el primer momento quedó descartada por lo tanto toda posibilidad de que resultara efectiva la pretendida subordinación de la Rusia revolucionaria a la Internacional Comunista ni que en ésta pudiera tener la última palabra otro partido que no fuera el de los comunistas bolcheviques. La importancia de la disciplina organizativa se hizo todavía más evidente, cuando, ya a finales de 1920, el espejismo de la revolución en Europa volvió a esfumarse y los objetivos políticos del programa comunista se vieron huérfanos definitivamente de fundamento en las *condiciones objetivas*. No iba a tardar mucho en quedar

⁸Donald Sassoon, One Hundred of Socialism, London, I.B. Tauris Publishers, 1996, pp.- 32.

claro que las únicas revoluciones en Europa las iba a protagonizar el fascismo y otras formas de reacción autoritaria, estimuladas eficazmente por la obra de demolición de Lenin contra la *democracia burguesa*⁹.

Los partidarios españoles de la Internacional Comunista

Cuando llegaron a España, a finales de 1919, el ruso Borodin, el mejicano Ramírez y el indio Roy, la CNT celebraba un congreso en Madrid, en el teatro de la Comedia, que, entre otras cosas, acordó adherirse a la IC en nombre de los principios de Bakunin. Decisiones como esta tenían que ver mucho más, sin embargo, con el enfrentamiento creciente entre los anarcosindicalistas y la UGT y el giro suicida de los primeros desde la primavera de aquel año, que con ninguna verdadera identificación con la teoría y la práctica del bolchevismo por parte de los cenetistas. La UGT, por su parte, se iba a caracterizar, como otros sindicatos europeos de influencia socialista, por ser un bastión del anticomunismo; mientras que el PSOE, al igual que otros partidos socialistas europeos, se dividió más profundamente.

La recepción del golpe de estado bolchevique de Octubre de 1917 por parte de Pablo Iglesias y el sector mayoritario del socialismo español fue negativo. Vieron con hostilidad la ruptura y el debilitamiento del bloque aliado, en plena guerra mundial, y el riesgo consiguiente de una victoria de los imperios centrales, y que la iniciativa de los bolcheviques sirviera sólo para fortalecer la reacción¹⁰. Este rechazo obedecía a la *aliadofilia* fervorosa de la que el PSOE había hecho gala a lo largo de toda la guerra europea. Los socialistas proyectaban con ella, en el plano internacional, la alianza con los

⁹Richard Pipes, **Russia under...**, cit., p.- 172.

¹⁰"Sería bien triste", **El Socialista**, 10-XI-1917.

republicanos que mantenían dentro de España desde 1909. Pero aunque la Conjunción republicano-socialista consiguió el escaño para Pablo Iglesias, después de treinta años de intentarlo en vano los socialistas en solitario, esa alianza estuvo muy lejos de convertirse en un instrumento de movilización electoral democrática y de acción parlamentaria eficaz. Los acontecimientos del verano de 1917 pusieron de manifiesto, por su parte, las flagrantes contradicciones de la Conjunción como alianza revolucionaria para reabrir el proceso constituyente y eliminar la Monarquía. La evidencia de esta doble incapacidad pudo paliarse durante 1918 y el comienzo de las negociaciones de Versalles en la primavera del año siguiente, con la ficción de que la victoria de los aliados impondría desde el exterior la revolución política que las izquierdas españolas no habían sido capaces de alcanzar. Pero cuando el régimen de la Restauración no encontró el menor problema para instalarse en el nuevo orden internacional creado por los tratados de paz, la falta de programa, que afectaba sobre todo a los republicanos, pero también a los socialistas, se hizo patente, pese a que, todavía, existió una alianza parlamentaria de liberales monárquicos, republicanos y socialistas contra el Gobierno Maura, que había hecho las elecciones de julio de 1919 sin restablecer totalmente las garantías (y las perdió).

Este vacío ayudó a que el bolchevismo, rechazado hasta hacía poco, pudiera aparecer ahora entre las filas socialistas como una alternativa con la que hacer frente a la competencia revolucionaria creciente de la CNT. Y en esa dirección empezaron a moverse la antigua minoría anticonjuncionista y neutralista, agrupados en torno al semanario **Nuestra Palabra**¹¹; los

¹¹Carlos Forcadell, **Parlamentarismo y bolchevización**, Barcelona, Crítica, 1978.

decepcionados de la aliadofilia y, en particular, los jóvenes socialistas. Entre estos destacaban el Grupo de estudiantes, organizado cuando el encarcelamiento de Besteiro durante la huelga de agosto de 1917, y que, aunque registrado en la Casa del Pueblo, de Madrid, se reunía sobre todo en el Ateneo; y también la Juventud socialista madrileña y gran parte del Comité nacional de la Federación de las Juventudes socialistas¹². La Federación socialista asturiana y la Agrupación socialista madrileña contaban con los ambientes más favorables a la adhesión a la nueva IC y a la ruptura definitiva de toda política de alianzas “burguesas” con los republicanos; pero sólo los jóvenes habían intentado ponerse en contacto con la nueva Internacional y adoptado acuerdos para adherirse a ella¹³. Cuando la mayoría del PSOE no tuvo más remedio que convocar un congreso extraordinario para determinar el rumbo internacional de partido, el cual tuvo lugar en diciembre de 1919, la Conjunción con los republicanos cayó definitivamente, pero se acordó confiar en que la Internacional socialista, en su congreso previsto para comienzos de 1920, sería capaz de reorganizarse *revolucionariamente*, de forma que en su interior cupieran nada menos que los bolcheviques rusos.

Es conveniente para terminar con el análisis de la situación del socialismo con que se encontraron Borodin y Ramírez a su llegada a España, poner de manifiesto la debilidad del PSOE como organización política, algo de lo que no tardó en darse cuenta Borodin, aunque tardó cuatro meses después de su salida de España en ponerlo por escrito¹⁴. Las apariencias indicaban lo contrario, pues los más de catorce mil afiliados con los que contaba el partido

¹²Luis Portela, uno de los fundadores del PC español, en “El nacimiento y los primeros pasos del movimiento comunista en España”, en Estudios de Historia Social, nº 14, Julio-Septiembre de 1980, p.- 196.

¹³Luis Arranz, art. cit., pp.- 23-26.

¹⁴Archivo de la Fundación Pablo Iglesias, Instituto de Marxismo-leninismo, Moscú, AAVV-CV-16, pp.- 110-120.

en 1918, se habían multiplicado por cuatro en 1920, hasta superar los cincuenta mil. Más notable era el crecimiento de la UGT, que con ochenta mil afiliados en 1918, sobrepasaba los doscientos mil también dos años más tarde. Ahora bien, el 72 por ciento del crecimiento del PSOE tenía lugar en Andalucía, Extremadura y Levante, y consistía en la adhesión colectiva al partido de sociedades obreras que, cabe suponer, se adherían también a la UGT. Las zonas de implantación más antigua del socialismo español, por su parte, como Madrid, Asturias y el País Vasco representaban, solamente, el 16 por ciento del crecimiento del partido y eran donde los terceristas tenían más simpatizantes. En dichas zonas, salvo, hasta cierto punto, en Madrid, no eran habituales las adhesiones colectivas de organizaciones obreras al partido; en ningún caso por encima de la afiliación individual en agrupaciones. En realidad, si se sumaban los efectivos del sindicato y del partido y se eliminaban de éste último las adhesiones colectivas, los efectivos del PSOE representaban únicamente el 7 por ciento del total de la afiliación del partido y del sindicato juntos. Esta situación venía a significar que si el partido y el sindicato se enfrentaban sobre la pertenencia a la IC, tal como ocurrió, la capacidad para imponerse de UGT era manifiesta, sobre todo cuando, pese a la doctrina, el partido dependía en todo del sindicato y no a la inversa, y tenían, además, los mismos dirigentes¹⁵.

Por otra parte, la aparición de un grupo parlamentario de seis diputados socialistas en las elecciones de febrero de 1918, como consecuencia de la campaña pro-amnistía de los condenados por la huelga revolucionaria de agosto del año anterior, aunque de proporciones ínfimas respecto al caso de otros partidos socialistas europeos, había despertado una serie de aspiraciones

¹⁵Ibid., pp.- 65 y ss.

de promoción entre los cuadros del partido y una presión sobre sus escasos recursos, que Besteiro, uno de los grandes promocionados, junto a de los Ríos, Prieto y Largo Caballero describió ajustadamente el tercerismo dentro del PSOE como “un motín de los oficiales contra los que creen el generalato”¹⁶.

La estancia de los agentes Borodin y Ramírez en España

El ruso Borodin y el mejicano Jesús Ramírez llegaron a Madrid en vísperas de la Navidad de 1919, en principio por casualidad y razones de tránsito, aunque no haya modo de saber, a ciencia cierta, las razones de su estancia en España. Los informes, en inglés, que Ramírez envió al Comité ejecutivo de la IC en Moscú, no aclaran esta incógnita, como tampoco permiten saber con precisión la fecha exacta en la que Borodin abandonó nuestro país. Puede decirse que el ruso permaneció aquí casi dos meses, hasta finales de febrero de 1920, mientras que Ramírez alargó su estancia hasta junio. Entre ellos hablaban en inglés y Ramírez servía de intérprete para las conversaciones de Borodin con los terceristas del PSOE. Pero también los acompañaba al principio el hindú Roy, del que nada se sabe y que sí parece que estuvo realmente de tránsito; mientras que aparecen en alguno de los contactos de los dos emisarios de la IC con los terceristas y jóvenes socialistas españoles, el holandés Geers¹⁷, igualmente de intérprete, y, con toda

¹⁶ **El Socialista**, 29-II-1921.

¹⁷ G.I. Geers era corresponsal en España del periódico holandés **Nieuwe Rotterdamsche Courant**, de cuyas exageradas crónicas sobre la situación española se quejó el ministro de España en La Haya al ministro de Eº, marqués de Lema. Este recurrió al mto. de la Gobernación, Fdez. Prida, para que apercibiera Geers de expulsión, si no moderaba el tono, en lo que el embajador de los Países Bajos en España estuvo de acuerdo. Pero Geers, conocido ya por la policía española como bolchevique, no cambió el tono y, después de varias prórrogas y de que el gobierno francés le negara el paso por su territorio, fue expulsado por mar a su país desde el puerto de Vigo. Todo este proceso se prolongó de enero a junio de 1920, durante los gobiernos de Allendesalazar y Dato. Nada indica que el gobierno español conociera sus actividades en la creación del PC español de los jóvenes socialistas en abril de ese año. Mº de Gobernación, Serie A, Leg. 34-A, A.H.N.

probabilidad, contacto con el Buró de la IC de Amsterdam, y un tal Allen, del que no se proporciona ninguna referencia.

Sea como fuere, la permanencia en España de Borodin y Ramírez fue aprovechada por ambos para sentar las bases de una escisión comunista del socialismo español. Una división que les importaba más que fuera rápida a que fuera amplia, incluso por lo que atañía al PSOE; ya que ni Borodin ni Ramírez mostraron el menor interés por la CNT, pese a que ésta acababa de adoptar, con todas las contradicciones del caso, un rumbo pro IC. Los métodos empleados por ambos agentes consistieron en reuniones selectivas, que progresivamente se fueron haciendo más amplias, aunque éstas últimas siempre se preparaban mediante contactos previos con aquellos asistentes que les inspiraban mayor confianza. Borodin y Ramírez conseguían de este modo que los acuerdos adoptados fueran los deseados por ellos, pero pareciendo fruto espontáneo de la discusión previa. Un factor determinante del balance mediocre y chapucero que presenta toda su gestión consistió en la escasez de fondos. Los terceristas fueron atraídos por Borodin y Ramírez con sendos proyectos de financiar un periódico y una agencia de noticias al servicio de la IC y de la revolución bolchevique. Ambas iniciativas daban a entender que el trabajo periodístico conllevaría sueldos que iban a permitir vivir como permanentes a las principales cabezas del tercerismo español. Pero esos proyectos no se concretaron, y eso enfrió los ánimos, ya de por sí tibios y poco emprendedores políticamente, de los notables terceristas. El problema de la escasez de fondos obedecía a que España, como país de la Europa occidental, pertenecía al área de control del Buró de Amsterdam. Este, cuya creación encargó Lenin personalmente en Moscú al ingeniero comunista holandés

Rutgers, quien lo puso en marcha en noviembre de 1919, carecía de contactos, tanto con la capital bolchevique, como con el Buró de Berlín (especialmente secreto, pero particularmente bien dotado), lo cual significaba que Amsterdam no tenía fondos para financiar las tareas de propaganda y la puesta en marcha de los embrionarios partidos comunistas sobre los que influía. Cuando el contacto con Moscú fue establecido, el Buró holandés fue disuelto ese mismo mes por las razones ya conocidas, y por tratar de arrebatárle la supremacía al más ortodoxo Buró de Berlín¹⁸. Debido estos motivos, los partidarios y simpatizantes españoles de la IC no se beneficiaron de las abundantes subvenciones de que disfrutaron sus equivalentes en Checoslovaquia, Hungría, Alemania, Suecia, Gran Bretaña, Finlandia y los Estados Unidos por esos mismos meses, gracias a la venta en el extranjero de las joyas confiscadas a la familia imperial y el oro y el platino rusos¹⁹. De esta situación de precariedad no puede deducirse que Borodin y Ramírez carecieran personalmente de fondos. A los pocos días de partir de España Borodin, Ramírez le telegrafiaba, el 22 de febrero de 1920, y le pedía que no le enviara dinero directamente, sino mediante Núñez de Arenas, uno de los personajes terceristas contactados y no de mucha confianza a sus ojos, y el Banco Hispanoamericano²⁰. Tampoco padecieron Borodin y Ramírez el menor contratiempo en cuanto a la legalidad de su estancia en España. En ese mismo telegrama se quejaba Ramírez de que la ausencia del cónsul mejicano en Madrid, de viaje a Cádiz, le creaba problemas con su documentación. En cuanto a Borodin, éste se fue poco después de aparecer una entrevista con él en **Nuestra Palabra**, el 12 de febrero de 1920, de la que se hicieron eco **El Socialista** y **El Sol**. En una

¹⁸Lazitch and Drachkovitch, op. cit., pp.- 180-193.

¹⁹Richard Pipes, op. cit., p.- 197.

²⁰AFPI/Insto. Mxmo-Inmo, AAVV-CV-16, pp.- 42-43.

reunión del grupo tercerista, el 14 del mismo mes, se criticó a Núñez de Arenas por no haber instruido bien al periodista de **El Sol**, conocido suyo, y permitir que describiera a Borodin como enviado de gobierno soviético en contacto con medios revolucionarios²¹. Pero esto se consideró sólo imprudente y no consta en los informes de Ramírez que Borodin, que había ido y vuelto de una conferencia del Buró de Amsterdam a principios del mes de febrero, tuviera que precipitar su salida de España por una indiscreción periodística que, en todo caso, había partido de él. Si se tiene en cuenta, no obstante, que los gobiernos españoles del momento colaboraron con la política aliada, sobre todo desde el gobierno de Romanones, de febrero de 1919, y esa política se basaba en tener por sospechosos a todos los ciudadanos provenientes de Rusia y de los derrotados Imperios centrales, refugiados en nuestro país, por lo que el ejecutivo español trató de desembarazarse de ellos mediante controles policiales y deportaciones, podría sospecharse que la tranquilidad de que gozaron Borodin y Ramírez respondía al deseo de los gobiernos de que la labor de ambos debilitara al PSOE. Pero se dio la circunstancia, de que el propio Presidente del gobierno, en aquella ocasión Allendesalazar, informó personalmente a Prieto y Saborit, a finales de marzo de 1920, de la detención, en la frontera holandesa, del tercerista Daniel Anguiano con informes comprometedores sobre las actividades de su grupo dentro del socialismo español, destinados al Buró de Amsterdam.²²

El trabajo de escisión de Borodin y Ramírez

²¹Ibid., p.- 37.

²²Ibid., pp.- 83-84.

Su primera entrevista la tuvo Ramírez con José López y López, el presidente de la Federación nacional de las Juventudes socialistas, al que los terceristas que controlaban la Juventud socialista de Madrid habían utilizado como mascarón de proa para conquistar el Comité de la Federación nacional, tras desplazar de la dirección de ésta a Andrés Saborit. A López y López no tardó en acompañarlo Merino Gracia, auténtico factótum del Comité nacional de las Juventudes, y a éste los primeros exponentes del tercerismo del PSOE: Daniel Anguiano, secretario general del partido y redactor-jefe de El Socialista, y García Cortés, director del citado periódico tercerista Nuestra Palabra. Tras de éstos aparecieron, a su vez, Núñez de Arenas, Lamonedá, Virginia González y su hijo César R. González y, en alguna ocasión aislada, López Baeza y Verdes Montenegro. Las reuniones tenían lugar en casa de López y López y también en la de Núñez de Arenas y García Cortés. En la cuarta conversación con Ramírez, el 28 de diciembre de 1919, Anguiano propuso celebrar un referéndum como forma de consultar al PSOE sobre su pertenencia inmediata a la IC, iniciativa que fue aceptada por todos los asistentes. El acuerdo de constituir el denominado *Bloque tercerista*, dentro del PSOE, tuvo lugar el 2 de enero de 1920, y fue esa la primera ocasión en la que se hace mención expresa de la asistencia de Borodin en los informes de Ramírez. García Cortés y Anguiano fueron elegidos, provisionalmente, secretario y tesorero de la que Ramírez describió como “a loose organization”²³. Borodin sorprendió, seguramente, a los reunidos, los cuales se sentirían abrumados con el magno problema de la implantación en España de la dictadura del proletariado, insistiendo en que los terceristas propusieran en el Comité

²³Ibid., p.- 14.

nacional del PSOE, el envío de una delegación de ese partido y de la UGT a Rusia, para que informaran de la situación allí y organizaran a la vuelta una campaña en pro del reconocimiento del régimen bolchevique por el Reino de España²⁴. Un asunto del que se responsabilizó Anguiano, pero que, llegado el momento, olvidó plantear, de forma que sería Fernando de los Ríos, al margen, evidentemente, de estas reuniones, quien defendería ese reconocimiento en el Congreso de los diputados.

Durante la tercera reunión del denominado Bloque tercerista, celebrada asimismo en los primeros días de enero, aunque sin especificar fecha, Borodin mostró su capacidad para condicionar y orientar las decisiones del pequeño grupo, pese a hablar mediante intérprete y permanecer en un segundo plano. Cuando César R. González se interesó por el comienzo de la campaña tercerista para llevar al PSOE a un referéndum sobre la IC, Borodin aprovechó para suscitar, a su vez, el problema de qué harían los terceristas si el segundo congreso de la IC se convocaba antes de que el referéndum en cuestión hubiera tenido lugar. Núñez de Arenas dio la respuesta que Borodin deseaba escuchar: los terceristas, en ese caso, se escindirían e irían solos a Moscú. Pero Anguiano se enredó en la respuesta al sugerir que el Comité nacional del PSOE debería, en ese caso, decidir por sí mismo, sin consultar al partido, la entrada en la IC y asistir al congreso de ésta, pero si eso no ocurría; entonces, vuelta a solicitar el referéndum. A Borodin le fue fácil sugerir que el Comité nacional podía rechazar también llevar a cabo el referéndum, ante lo cual Anguiano hubo de aceptar la respuesta de escisión adelantada por Núñez de

²⁴Ibid., pp.- 16-17.

Arenas. Pero no solamente eso, la escisión ocurriría igualmente si los terceristas perdían el referéndum²⁵.

La publicación del Manifiesto de la Izquierda socialista española en **Nuestra Palabra**, el 23 de enero de 1920, no fue unido a la presentación del *Bloque tercerista* como un partido organizado dentro del PSOE, porque, en opinión de Núñez de Arenas y García Cortés, ese asunto dependía del cumplimiento del plan de editar un periódico y la creación de una agencia de noticias. Uno y otro presentaron su respectivo presupuesto con ese fin, pero Borodin y Ramírez guardaron ahora al respecto un silencio sepulcral. A esa decepción no tardaron en seguir las descalificaciones por la espalda y el cuarteamiento de las relaciones personales en el recién aparecido *Bloque tercerista*. Así, días después de la aparición del citado Manifiesto, Núñez de Arenas y Anguiano se encontraron por la calle a Borodin y Ramírez y, en una nueva *conversación restringida*, los dos primeros manifestaron su convencimiento de que la Ejecutiva del PSOE estaba al cabo de la calle del contenido de sus reuniones y de la misión que el ruso y el mejicano estaban desarrollando en España, porque Virginia González y José López y López la informaban puntualmente de todo. También aprovecharon los dos españoles para descalificar a García Cortés, no sólo por hablar mucho y hacer poco (algo común a todos los terceristas), sino porque, aunque no podían probarlo, le consideraban corrupto²⁶. Los efectos de esa conversación se manifestaron sin falta cuando, al día siguiente, tuvo lugar otra reunión, la sexta, de los terceristas. César Rodríguez González admitió sin embarazo que informaba a la Ejecutiva socialista de las reuniones del *Bloque*, y Borodin consiguió la

²⁵Ibid., pp.- 20-21.

²⁶Ibid., el 8 de febrero, p.- 33.

descalificación de García Cortés por parte de todos los presentes, salvo Lamonedá, porque aquél estaba participando en la campaña de las elecciones municipales con el programa impresentable, por reformista, del PSOE; partido al que, no obstante, todos los terceristas seguían perteneciendo²⁷. La creciente decepción que experimentaban Borodin y Ramírez con los terceristas del PSOE, no tardó en afectar al propio Anguiano, el candidato preferido de los dos agentes de la IC para encabezar el nuevo partido comunista. Otra *conversación restringida*, a finales de febrero, se dedicó a examinar, con Ramírez, Borodin y el tal Allen, junto al propio Anguiano, la incapacidad de éste para sacar adelante la convocatoria del referéndum para adherir al PSOE a la IC. Lo intolerable para Borodin y Ramírez era que todos los terceristas presentes en la reunión del Comité nacional socialista, con la excepción de Núñez de Arenas, hubieran aceptado, como demostración de *buena voluntad* (un concepto “puramente burgués”, para Borodin), acudir a una reunión de la Internacional socialista en la ciudad holandesa de Rotterdam, como última oportunidad para examinar las posibilidades de su reconstrucción “revolucionaria” y, de lo contrario, abordar directamente el problema de la adhesión del PSOE a la IC²⁸. Tras esta conversación, Ramírez llegó a la conclusión de que los terceristas eran impotentes ante la capacidad de ganar tiempo de los dirigentes del PSOE y de que se imponía “a split in the Party as soon as possibly”, y así se lo escribió a Borodin, al mismo tiempo que le mostraba su satisfacción con el activismo pro IC de las Juventudes socialistas²⁹. Conforme al procedimiento acostumbrado, la última conversación y carta mencionadas no dejaron de tener su consecuencia en la siguiente décima reunión de los terceristas, el 28 de

²⁷Ibid., p.- 35.

²⁸Ibid., p.- 43.

²⁹Ibid., pp.- 46-48.

febrero, pues chocaron en ella, por vez primera, Merino Gracia, por las Juventudes socialistas, y los terceristas del PSOE, esta vez sin defecciones, cuando el primero los acusó duramente de incapacidad en el asunto del referéndum y los otros rechazaron unánimes, pese a las presiones de Borodin, cualquier precipitación en ese terreno, por miedo a vese expulsados del partido antes de haber podido consolidar sus posiciones en él. Cuando Núñez de Arenas insistió en la necesidad de un órgano tercerista, Borodin y Ramírez se negaron en redondo con el argumento que entre **Nuestra Palabra, Renovación** (periódico de las Juventudes) y **La Aurora Social** (de la Federación socialista asturiana) había más que suficiente para divulgar y defender la política tercerista. Tampoco parece que sirviera de nada la escena de Borodin en la reunión siguiente, presumiblemente la última de su estancia en España, cuando, con **El Socialista** en la mano, increpó a los ya indiferentes terceristas por haber aprobado el llamado “Programa de reconstrucción nacional”, redactado por la minoría parlamentaria socialista, que estaba en flagrante contradicción con el Manifiesto tercerista de finales del anterior mes de enero. Según recordaría Ramírez en un informe posterior, para los terceristas, “the very idea of rupture in the party filled them with unspeakable horror”³⁰. El hecho que consumó la ruptura entre el ya solitario representante de la IC, Ramírez, y los terceristas fue una reunión de la Agrupación socialista madrileña, en la cual García Cortés se negó a votar a favor de la negativa defendida por Merino Gracia a aceptar cargos en la administración municipal, y los demás terceristas presentes se abstuvieron. De esa actitud concluyó Ramírez que “the so-called Left Wing Block would never accomplish any useful

³⁰El informe era de 27 de mayo de 1920, p.- 103.

work”³¹. De ahí en adelante, y aconsejado al parecer por el holandés Geers, Ramírez dejó de ver, salvo por casualidad a los terceristas, con excepción de Anguiano, y se volcó en organizar, precipitadamente, el *golpe de estado* en las Juventudes socialistas, que daría origen al primer partido comunista.

El método para llevarlo a cabo consistió en conversaciones por separado con Ugarte, Andrade y Merino Gracia, en vísperas y el mismo día (6 de marzo) de la reunión de la Ejecutiva de la Federación nacional de las Juventudes socialistas. Una vez que los fue comprometiendo uno a uno, Ramírez se reunió con los tres y, entre todos, acordaron que Merino Gracia propondría la “conversión” en partido comunista, **sin derecho a debate y bajo pena de expulsión si se esta rechazaba**; Ugarte secundaría la moción y, una vez aprobada, se acordaría mantener el acuerdo en secreto. Los comités locales serían informados mediante una carta, la cual no podría ser abierta sino en la fecha que fijara el Comité nacional de las Juventudes y, previamente, se enviarían delegados para ir preparando el terreno. Todo un ejemplo de la inyección de democracia que el comunismo, conforme a su naturaleza originaria, se aprestaba a proporcionar a la política socialista y obrera. Ramírez proveyó a los conspiradores de la documentación “fundacional” necesaria, que tenía que estar redactada, lógicamente, desde mucho antes, y en ella se declaraba *burgués y traidor* al PSOE; se postulaba la fusión entre la UGT y la CNT, y se admitía - e iba a ser por poco tiempo- la acción electoral y parlamentaria sólo a efectos de agitación y propaganda. Los acontecimientos se desarrollaron en la Ejecutiva de las Juventudes según lo previsto y sólo López y López optó por retirarse. El fallo para Ramírez consistió en la negativa

³¹Ibid., p.- 53.

de Anguiano a encabezar el nuevo partido, quien pretextó esperar la convocatoria del referéndum en el PSOE. Pero cuyos motivos explicó Ugarte a Ramírez con mucha claridad y tenían que ver con la falta de fondos con la que Borodin y Ramírez venían actuando en España. Anguiano estaba casado, tenía un niño y había dejado hacía tiempo su trabajo de ferroviario y vivía de permanente del PSOE. Sin un ingreso alternativo, no abandonaría las filas socialistas³². La respuesta “heroica” de Ramírez fue la de que los cuatro gatos que él había enrolado para fundar en secreto el partido comunista debían también mantener a Anguiano de su bolsillo. Esa actitud explica que, en informes posteriores, Ramírez reconociera que la falta de medios estrangulaba la actividad del nuevo PC español y, asimismo, que su influencia personal en él “has declined very much(...)”³³. Borodin no discrepó para nada de la iniciativa de su compañero. En una carta posterior, Borodin se mostraba absolutamente hostil a toda concesión al *centrismo* de los terceristas y preocupado únicamente porque se formara un partido dispuesto a encarar la dictadura del proletariado y la guerra civil³⁴.

Es difícil saber de qué asombrarse más, si de que Ramírez, por casualidad o prudencia, se ausentara de España más de un mes, a raíz de ponerse en marcha el partido cuya escisión él había forzado, para lo cual aprovechó, probablemente, una reunión clandestina de la IC en Francia, a la que lo había convocado Borodin para que representara a los comunistas mexicanos; o que hasta pocas semanas antes de su marcha no enviara Ramírez el primer informe que contenía un mínimo intento de descripción, no

³²La posterior detención de Anguiano en Holanda, donde, a sin conocimiento de su colega Besteiro, llevaba papeles informando de las actividades comunistas dentro del socialismo español, le costaron el puesto de secretario general del PSOE y una profunda depresión personal, que lo alejó del PC español y lo inutilizó como líder del tercerismo. Ramírez lo despreció desde ese momento. V. *ibid.*, p.- 96.

³³*Ibid.*, pp.- 55-64 y 107.

³⁴*Ibid.*, pp.- 89-90.

ya de la situación política española, sino, por lo menos, de la que tenían los trabajadores a los que pretendía emancipar. Y eso sólo para encontrar que, aunque el capitalismo y la dominación burguesa se tambaleaban también aquí - como correspondía-, “the workers are not educated to be point of revolution”³⁵. No sería justo, sin embargo, negarle a Ramírez alguna observación perspicaz, al igual que ya se han mencionado las de Borodin; por ejemplo, a la hora de comentar el antiparlamentarismo radical seguido desde el principio por su PC español (cuyas pequeñas dimensiones de cerca de dos mil afiliados, doscientos cincuenta en Madrid, -según sus propias cuentas- le decepcionaban). Ese antiparlamentarismo obedecía a que, en nuestro país, toda política revolucionaria tenía que ostentar ese carácter, porque era imposible “to convince the masses that all parliamentarians are not in parliament simply for their own benefit”³⁶. Otra observación atinada fue que los terceristas, si llegaban a escindirse o a controlar el PSOE, aspirarían a fusionarse con la gente de Layret y Seguí, aunque esta posibilidad la identificaba, erróneamente, con la reciente escisión de ultraizquierda habida en el PC alemán (el KAPD). Lo que, en todo caso, acreditaron uno y otro fueron el estilo y los métodos que, en adelante, caracterizarían el comportamiento, en todas partes, de los enviados de la IC.

³⁵Ibid., pp.- 102.

³⁶Ibid., pp.- 98-99 y 107.